

Fenomenología de las cosas y los símbolos patrimoniales

The Phenomenology of Objects and Patrimonial Symbols

Horacio Hernández Anguita

Presidente de la Fundación Roberto Hernández Cornejo.
Calle 3 Norte 2934, Talca, Chile. hhernana@uc.cl

Recibido: 12-I-2020; aceptado: 28-II-2020; publicado online: 20-XI-2020

Citación: Hernández, H. 2020. Fenomenología de las cosas y los símbolos patrimoniales. *Quingnam*, volumen 6: 73-81. DOI: <http://doi.org/10.22497/quingnam.06.0603>

Resumen

El siguiente artículo es una descripción fenomenológica de cómo el hombre está en medio de las cosas, tanto las naturales como las construídas como obras de cultura. Esto lleva a una reflexión en torno al vínculo existente entre el hombre y las cosas valoradas. Así, las cosas, se hacen signos y huellas de la presencia humana y divina. Finalmente, de signos, devienen a símbolos patrimoniales, cuando esas cosas, hacen presente significaciones trascendentes para la comunidad, recordando, haciéndose presente y congregando. Es el caso de la Cruz, como símbolo cristiano.

Palabras clave: hombre, cosas, signo, símbolo, cruz, patrimonio.

Abstract

The following article is a phenomenological description of how man is at the center of things, the natural world as well as the culturally constructed. This prompts reflection upon the link between man and objects of value. Thus, things become signs and traces of the human and divine presence. Finally, as these objects take on a transcendental meaning for the community, through memory, a state of presence, and gathering, the objects transform into patrimonial symbols. This This is the case of the Cross, as a Christian symbol.

Keywords: man, things, sign, symbol, cross, patrimony.

El hombre y las cosas

a) El hombre en medio de las cosas

Existe una evidencia inmediata a toda persona humana: estamos rodeados de cosas, en medio de ellas. Al decir “cosas”, designamos todo lo distinto de nuestro propio ser y vivir, en la más amplia y rica variedad, pero que no son nuestros semejantes. Entre las personas, nos hallamos y no podemos ser sin ese habitar compartido. Pero, toda persona humana, está siempre situada, en un lugar o punto geográfico. Instalada en esa realidad, observa que “las cosas”, lo acompañan.

Se impone distinguir aquí entre las que llamaremos “cosas de la naturaleza” de las “cosas hechas por el hombre”. Todo el inmenso macrocosmos y microcosmos, está constituido de la más rica manifestación del ser, sea cosa física, vegetal o animal. Sabemos, además, que el planeta está inserto en una galaxia, y que ésta es una de tantas que tiene hoy el universo conocido por la ciencia. Todas las cosas naturales, desde la más pequeña a la más voluminosa, con sus estructuras físicas y químicas, o vitales, componen este magnífico “mundo” natural de las cosas con las que, desde los tiempos primitivos, el hombre se encuentra, vive y se desarrolla.

Desde los tiempos remotos de la historia, hasta el presente, el hombre en medio de las cosas naturales va gradualmente haciendo “cosas propias”, utensilios, herramientas, instrumentos para la caza o pesca. Para habitar el mundo, en la tras-humanancia de los primitivos, las mismas cosas de la naturaleza, son descubiertas y tenidas como indispensables para vivir: piénsese en el fuego, o en el agua; en lo que implica el pasar de recolector y cazador, a asentarse en un lugar, y pasar a la vida sedentaria. Poco a poco, son perfeccionadas las técnicas fabricadoras, y logra

el conjunto de tribus, formar la ciudad, los caminos, los espacios compartidos de la comunidad.

El hombre a lo largo de los tiempos usa de las cosas naturales y en la medida que conoce y domina sus estructuras, notas y virtualidades, arranca de ellas mismas energías y posibilidades. Así, construye, inventa. Desde las piedras con las que se edificaron acueductos en los tiempos antiguos, pasando por las catedrales medievales, hasta los tiempos modernos, con el conocimiento científico y la aplicación tecnológica, transforman el modo de estar situados ante las cosas naturales. El presente, vive un mundo tecnificado y digital. Con todo, el hombre no puede sustraerse a las cosas, tanto naturales, como las que él ha construido, hasta con la mayor sofisticación.

La paradoja contemporánea radica en que los magníficos avances tecnológicos y los productos o cosas que ha puesto en marcha en el mundo el hombre, se le han vuelto contra él mismo. Las cosas salidas de prodigiosos inventos hacen hoy esclavo al hombre, que vive sometido a ellas. He aquí el problema radical de nuestra época: las cosas creadas por el hombre, como expresión de su ingenio y dominio, han terminado volviéndose una verdadera amenaza.

Con todo, lo que importa aquí, es dejar asentado que el hombre –cualquiera sea éste en los tiempos, épocas o civilizaciones-, despliega su ser en medio de las cosas y con las cosas, lleva adelante el desarrollo de su ser.

En efecto, las cosas naturales son ese ámbito real en el que estamos: planeta, continente, atmósfera, territorio. La luna y las estrellas, los espacios siderales y la geografía toda del planeta Tierra, con sus mares inmensos, montañas y ríos, son el

lugar o lugares donde el hombre habita, según el carácter singular de una determinada espacialidad geográfica. Al mismo tiempo, a lo largo de la historia de la cultura, desde la aparición del hombre, vemos a éste arropado en medio de las cosas naturales: la tierra, el agua, el fuego, el aire, los elementos primordiales de los antiguos.

Ahora bien, en ese mismo ámbito natural del medio, surge la iniciativa humana creadora, que hace de la tierra una vasija, o del hueso o la piedra, un utensilio para la caza y la pesca surge el hilado de la lana. Forja, entonces, el hombre el hogar, la ciudad, los edificios. Si en las cavernas estampa imágenes de sus impresiones de las cosas, luego, vemos al hombre con el sonido articulado, las palabras y las obras de las múltiples culturas, no solo mediante la escritura sino también, manifiesta en el trabajo, el culto, el rito, el templo, el fuego sagrado en el hogar.

A ello, se agregan las cosas simples como una mesa, banca o silla, la tablilla cuneiforme de arcilla, el pergamino o el papel; la habitación, la vestimenta, o la casa. La ciudad y las civilizaciones, que suceden a lo largo de la historia, con sus expresiones genuinas, emblemas, costumbres, usos y objetos que hacen parte de su identidad.

Lo que deseamos señalar, es que desde que el hombre es hombre, está siempre en medio de las cosas y con ellas, crece, vive, forja la historia. Porque el hombre no está determinado por el medio en donde está, puede abrirse al campo de las cosas en toda su vastedad y con su mirada, aprehender lo que son en realidad, tanto en la singularidad, como en la totalidad de lo existente. Porque, todas las cosas están también situadas, conectadas, relacionadas, y son en su conjunto, indicadoras de la realidad en la que se habita y vive. El

hombre del antiguo Egipto, descubrió en el Nilo, la fuente de la vida. Sus crecidas y menguas de las aguas, fueron el medio natural en que se forjó su cultura, las obras y la experiencia sagrada.

Un solo ejercicio personal, nos puede hacer comprender mejor lo que sostenemos. Detengámonos por un momento: miremos y sintamos con la mayor atención, lo que está en nuestro alrededor. Veo mi escritorio donde escribo en el computador. Al frente, está la pared de la oficina y a mi izquierda, la ventana, por la cual puedo divisar algunos árboles. Escucho, además, los sonidos de autos que transitan, voces humanas que hablan a lo lejos, y el canto de las aves. La luminosidad del sol hace resplandecer la tarde y ahora mismo, resuena el canto de un gallo en la casa vecina.

Estoy sentado en una silla, tengo la puerta a mi derecha y al lado mío, algunos libros, lápices, hojas sueltas. Hay cuadros en la pared, fotografías, y la luz, que, desde el techo de este cuarto, inunda mi labor, es una de las tantas cosas en medio de las cuales estoy. Así, me encuentro en medio de muchas cosas, con las que y en medio de las que laboro y afano. ¿Podría alguien de nosotros sustraerse a esta experiencia? ¿No son nuestros recuerdos, el hacer presente lugares con cosas y personas, donde han ocurrido nuestros sucesos pasados? ¿Podemos pensarnos a nosotros mismos sin las cosas, tal como las hemos descrito aquí? No es posible. Estamos en medio de ellas y estamos ligados a la realidad que hace posible que la cosas estén. Somos y estamos en medio de las cosas.

El hombre percibe intelectivamente que, en la pluralidad y variedad de las cosas, existe una versión común. Las cosas, en efecto, están conectadas unas con otras, sean las naturales o las que el hombre fabrica. De este modo recordamos la sentencia misteriosa y sorprendente de

Aristóteles: “el alma humana es en cierto modo todos los entes”; es decir: el hombre es microcosmos, reúne en sí todas las cosas; en otros términos: tenemos que ver con las cosas en medio de las cuales estamos, y el conocimiento da cuenta de ello, cualquiera sea la materialidad o estructura de las cosas “inteligibles o sensibles” (Aristóteles, 1994, p. 241), las cosas tienen que ver con nosotros. Hay en las cosas algo propio que podemos aprehender. Las cosas naturales, poseen condiciones por las cuales podemos hacer otras cosas que, cumplan un determinado sentido deseado. Con el metal, puedo hacer un cuchillo. Pero, no puedo hacerlo con la madera, que sí tiene la condición adecuada para forjar una mesa.

Para no extender nuestras consideraciones, señalemos que resulta sugerente la breve y enigmática afirmación de Aristóteles sobre el alma humana cuando conoce. Sostiene que “es comparable a la mano” (Aristóteles, 1994, p. 241). Es decir: traigo las cosas a mí mismo; puedo tenerlas en cierto modo conmigo, sin que ellas dejen de ser ellas mismas. Este tenerlas en mis manos, es que están al alcance. Tal vez, también, que las puedo modelar. A pesar de todas las limitaciones, las puedo conocer, apreciar, en fin, puedo con ellas relacionarme e incluso, configurar nuevas cosas. Estar en medio de las cosas, es, a fin de cuentas, un vivir dinámico, histórico y cultural. Por eso, es manifiesto que, entre el hombre y las cosas, existen vínculos, que son parte constitutiva de la vida humana, vínculos con las cosas, que a continuación tratamos con detención.

b) Vinculación a las cosas

Al continuar nuestras reflexiones, recordamos a Blaise Pascal (1623–1662), con su acertada distinción entre el espíritu “geométrico” y el espíritu de “finura”. Se-

gún él, existe una diferencia entre ambos espíritus o actitudes:

“...en el espíritu de finura, dice, los principios son de uso común, y están ante los ojos de todo el mundo. No es menester volver la cabeza ni hacerse violencia; basta tener buena vista, pero es menester tenerla buena de veras...”. (Pascal, B. 1940, Primera Sección)

Pascal es consciente en el siglo XVII del inaugurado triunfo del método científico y cartesiano. Pero advierte con agudeza su debilidad. Principios y razonamientos de la realidad de las cosas y del mundo, pueden conocerse, es verdad. Pero ello se hace, alejándose del uso común. El nuevo método científico fuerza y parcializa lo real. Para dominarlo, pierde la visión integral de las cosas, por ser un conocimiento instrumental. En cambio, al espíritu de finura, corresponde la mirada global, intuitiva y simbólica. Es de uso común y pervive en todas las épocas. El espíritu de finura está ante los ojos, es un mirar “sin hacerse violencia”, para obtener una visión clara, que capta lo más hondo de las cosas.

La actitud enseñada por Pascal nos entronca con la admiración originaria de las cosas, sin negar el conocimiento científico. Pero, para tener una visión global y simbólica, se requieren los ojos y los sentidos abiertos, atentos y diligentes. Solo así podemos abordar la vinculación a las cosas. Con espíritu de finura, entonces, nos acercamos a ellas.

Cuando hablamos de vinculación, decimos que el hombre se arraiga al mundo, como el árbol a la tierra... La diferencia es que los vínculos humanos son más complejos. Poseen grado superior, porque son de orden personal. El arraigo humano implica el sentir intelectual, libre, abierto y el rico mundo de los afectos y valoraciones.

Desde nuestros primeros pasos en la existencia, estamos vinculados a los progenitores y maestros. La familia constituye el ámbito originario de nuestro arraigo, como quiera haya sido. La vinculación humana primera es base y fundamento de la formación del carácter. Eso entraña la ligadura física, psicológica y espiritual, desde lo más instintivo e inconsciente a lo más consciente, con nuestros seres queridos, o aquellos que nos han hecho posible crecer. Es un vínculo que incluye afectos estables, duraderos y el arraigo al mundo de ideas, valores y costumbres del hogar. Ahora bien, principalmente hay hogar, allí donde son personas las portadoras y suscitadoras del afecto y amor, de la verdad y la justicia, de la honradez y el aprendizaje. El hombre crece y se desarrolla en este vínculo primordial, que es, insisto, vínculo a personas y en personas. El mundo personal y sus vínculos, en las distintas edades de la vida, adquiere más fortaleza o se debilita; pero, las personas ligadas unas a otras, lo están, no solo en virtud de la sangre y la carne, sino también, por el libre darse en la confianza mutua, en el afecto, el compartir, la amistad.

Ahora bien, junto a ese universo personal de vinculaciones, sea de paternidad o de maternidad, de los vínculos filiales y esponsales, de hermandad y amistad, etc., tenemos el vínculo del hombre a las cosas. El hogar, si bien es indispensable que sea por la presencia afectiva de los progenitores o quienes los suplan, necesita de la espacialidad física. De la seguridad y protección que otorga. Los muros de la casa y las habitaciones de ésta, así como el pequeño jardín, son esas “cosas” primeras con las que nos topamos y en las que nos apoyamos para vivir. En ese espacio, están los objetos o utensilios, configuradores de nuestros lugares: camas, sillas, mesas, cocina, vasos, adornos, etc. Son tantas las cosas con las que cotidianamen-

te tratamos, que no nos damos cuenta de estar ligados a ellas, sino cuando las perdemos o se dañan. Si no encontramos la frazada, entonces, vemos cuánta utilidad presta. Hasta nos gusta la misma frazada ya vieja, pero de lana o, el lápiz que nos acomoda, y, en fin, la lámpara en el velador.

Con lo dicho, queda claro que la vida humana está en medio de personas y cosas. Con las personas, el vínculo es más profundo, estable e íntimo. En cambio, con las cosas, naturales y construidas por el hombre, ¿cómo se nos manifiesta el fenómeno?, ¿puede describirse?

Según este ver y mirar fino, digamos que el vínculo a las cosas naturales es básico. Nos ligamos tempranamente al lugar donde nacimos. Esta vinculación al lugar, al terruño, comprende un mundo de cosas: la localidad y sus características, historia y tradiciones, los edificios por donde transcurrimos, las calles y símbolos; la particular geografía y clima, como la orilla del mar o la cordillera. Todo está atesorado en la persona que lo vive y siente. Así, ese lugar y el conjunto de cosas que se congregan allí es para cada persona y comunidad, de hondo significado, más consciente en algunos casos que otros. Lo que es cierto, es que es objeto de aprecio y valoración. Las cosas le “dicen” algo, le son conmemorativas, representan parte de su misma trayectoria vital, la que no puede comprenderse sin el lugar al que está vinculado.

Por otra parte, están las cosas en torno mío, que podemos llamar personales o de mi uso y utilidad práctica. Estas cosas “mías”, las tengo porque las he recibido o las he adquirido. Son cosas, sencillamente. Ahí está el escritorio, que acompaña mi vida más de 40 años. Todavía conservo el libro que recibí apenas cuando había cumplido los 14. Es decir, que la “cosa li-

bro”, que es mía, lleva conmigo 50 años... Así, al observar atentamente, nos damos cuenta que las cosas, con las que hacemos nuestra existencia, no solo cumplen funciones útiles, instrumentales y necesarias; a esas cosas estamos ligamos. Se establece allí un vínculo personal que es simbólico, afectivo y valorativo.

Este vínculo es mayor, cuando una determinada cosa cobra con el tiempo una significación trascendente, adquiere carácter de símbolo representativo de muchas vivencias. Ahí está la casa del abuelo, el viejo sillón de álamo, pintado y tejido a paja. Tiene éste, una disposición y diseño simple. Expresa el sentido para el cual fue hecho. Además, si se agrega que el amigo lo regaló hace cincuenta años y murió, entonces, toma nuevo sentido o significado. Es cosa-símbolo que aprecio y que rememora. Luego hubo cambios y nuevas circunstancias y el viejo sillón, permanece a pesar de avatares y circunstancias. Es un mero sillón de álamo. Pero, estoy ligado a él. Le tengo afecto, como a muchas cosas del hogar. Son las cosas conseguidas con esfuerzo o corresponden a expresión de gestos humanos: un regalo, por ejemplo. Así, entonces, nos encontramos con que las cosas mismas, son portadoras de sentido y valor. El valor que tienen en las transacciones mercantiles tal vez sea poco. Pero, el valor afectivo, rememorativo y simbólico, que le atribuimos, no tiene precio... Porque en parte, es cierta prolongación de mi propio ser, memoria e historia.

Sabemos, con todo, que las cosas nuestras no son eternas ni las llevaremos con la muerte que nos aguarda a todos. Pero, esas cosas que están ahí en los espacios públicos y privados vienen a ser representaciones de poder, belleza, bondad y sabiduría. Son cosas que nos estimulan hacia nuestro sentido. Nos elevan y nos revelan el más allá. Son epifanías. Es el sentido

religioso y trascendente de las cosas. Ellas son de suyo precarias, según sea la materialidad y humildad de ellas. Algunas de mayor duración, otras, desvaneciéndose con el tiempo. Pero, en cuanto que son, viene a ser reveladoras de significados profundos e incluso, religiosos. A este respecto, nos ayuda a mirar maravillados, la poeta Gabriela Mistral:

“Quiero repetir la definición que di sobre la religiosidad. Dije que era “el recuerdo constante de la presencia del alma”. Entre los artistas son religiosos los que, fuera de la capacidad para crear, tienen al mirar el mundo exterior la intuición del misterio, y saben que la rosa es algo más que una rosa y la montaña algo más que una montaña; ven el sentido místico de la belleza y hallan en las suavidades de las hierbas y de las nubes del verano la insinuación de una mayor suavidad, que está en las yemas de Dios” (Mistral, G. 1992. p. 291).

La intuición del misterio nos lleva a mirar las cosas naturales como signos y huellas. Entonces, la rosa, la montaña, las nubes o las hierbas son esas cosas que, al contemplarlas, son algo más que ellas mismas: son insinuaciones de una realidad fundante y divina, fundante de la propia realidad. Un “sentido místico de la belleza”, nos hace mirar más allá de la manifestación física o sensible. Podemos “leer” en esas cosas naturales “las yemas de Dios”, que son insinuaciones delicadas. Con Mistral, podemos descubrir que todas las cosas naturales vistas así, son transparentes, epifanías, indicadoras, que, si bien nos arraigan a la tierra, cumplen la tarea de elevarnos hacia los anhelos más íntimos y supremos. Son, finalmente, signos y huellas de la presencia de Dios.

Por lo que respecta a las cosas que hace el hombre, también encontramos en ellas, que son signo y huella del ingenio, del pensamiento y creación humana y, por tanto, de su presencia. La disposición de

cada cosa concebida por el hombre posee una intencionalidad. Si la observamos como signo o huella, nos revelará su procedencia y sentido, cómo es o ha sido usada, así como el valor asignado tanto en el pasado como en el presente. De aquí se origina que haya cosas de la cultura humana, para centrarnos en ellas, que son signos devenidos símbolos y que esto es lo que ocurre con el patrimonio cultural. Son los símbolos patrimoniales.

Los símbolos patrimoniales

Las cosas realizadas por el hombre son signo y huella de su espíritu creador, que, en tiempos, pueblos y lugares, forja cultura, en medio del reto que la naturaleza suscita y las variadas circunstancias históricas. Desde las lenguas habladas, que son sonidos articulados, hasta la escritura, el hombre crea signos con las cosas, con las cuales conforma el mundo suyo. Decimos signo allí donde estamos ante una cosa sensible que indica un contenido o significado. Si la rosa es más que la rosa y la montaña, más que la montaña, en forma semejante, los signos humanos vienen a ser señal de una acción, contenido o proeza que no se desea olvidar. En ese lugar, por ejemplo, se hace tal memorial o construye una estatua. El sitio exacto del nacimiento, de ese personaje, muy representativo del pueblo. La comunidad desea conservar viva la herencia ejemplar del héroe, el escritor, el poeta o el santo.

Pero esto ocurre con muchas cosas personales que conservamos. Las tenemos, porque a lo largo del tiempo, han adquirido un significado mayor que el inicial. Son cosas portadoras de valores. ¿Ellas? En realidad, ellas, las cosas símbolos, vienen a ser representativas, poseen el carácter de congregarnos en torno a éste o aquél hecho, valor, o significado. Ahora bien, los que se congregan y le dan la

significación respectiva, son las personas, es la comunidad. Las cosas símbolos suscitan el recuerdo y hacen presente lo que ya está ido con el tiempo. Sin embargo, la comunidad desea recordar, hacer presente. En este sentido, le asigna una significación a esa cosa, y ella, es reconocida por quienes la ven y aprecian como símbolo.

Justamente estamos aquí ante el patrimonio cultural, que consiste en la herencia de símbolos que los hombres se han dado a lo largo de los tiempos y en diferentes espacios geográficos. Esas creaciones con formas constituidas de materialidades diversas, así como las expresiones del arte, las obras del pensamiento y la ciencia; sea de la industria y las tecnologías. Todas las expresiones de los pueblos son manifestaciones del espíritu creador del hombre, que se consigan en cosas signos, algunas de las cuales, las más significativas para la comunidad, derivan en símbolos. El hombre es espíritu encarnado y por ello, lo que procede de él, tiene materialidad, por más que ésta, conformada, sea indicadora y seña de una comprensión mayor del sentir intelectual y aún de las más altas abstracciones del pensar y del espíritu.

Como la música requiere al pentagrama para rememorarla e interpretar sus notas y sonos, así, de lo visible, escalamos a significaciones más hondas de las cosas y del espíritu. Todo esto es lo que constituye el patrimonio humano cultural, que reconoce y valora lo que es dable perpetuar a las generaciones futuras.

La memoria común hace presente lo custodiado, rememorándolo una y otra vez. ¿Qué hace presente? Hace presente o actual, la herencia y memoria humana. La actualización del pasado en el presente puede darse por la virtualidad del recuerdo que la memoria consigue recrear. El espíritu humano supera y trasciende los tiempos. Pero esa superación del pasado

se lleva a cabo, porque la presencia del pretérito es relevante y actual.

Ahora bien, la presencia, como el vocablo lo dice, es presencia siempre de “alguien”. Puedo estar en medio de cosas u objetos. Pero, cuando estamos ante la presencia personal ocurre algo completamente distinto, hay un espesor ontológico diferente, porque estamos ante la presencia de un “tú” o un “nosotros” personal o comunitario. Pues bien, los recuerdos se hacen presentes por el estímulo de las cosas o las variadas manifestaciones culturales. ¿Qué hacen presente? Siempre, hacen presente la presencia de personas y comunidades, con sus acontecimientos.

Por eso decimos que las cosas y los lugares nos “recuerdan”, pues al verlos, y retornar a ellos, nos dicen algo..., y ese algo que dicen, es la noticia o indicación de una presencia... Los símbolos de recuerdo, por consiguiente, nos hablan siempre de alguien... o de lo que nosotros mismos hemos vivido, o lo que la comunidad o pueblo ha vivido. Hablan y dicen presencia. Así pues, es indudable que, para rememorar, necesitamos de los símbolos, siempre materiales, que nos ayudan a tener presente lo que se ha esfumado con el tiempo. Es que los símbolos patrimoniales son referencias constantes a personas o comunidades, las recuerdan, y son símbolos patrimoniales, en su relación a hechos o sucesos memorables. En último término, lo relevante de lo cual hacemos memoria, corresponde a la riqueza del ser personal, incluido el divino.

Conclusión

Para concluir, pongamos un ejemplo que es de orden religioso y cultural al mismo tiempo. Se trata del signo de la cruz, que como sabemos, en los tiempos de Jesús, era frecuente en el Imperio Romano. Pero, para los cristianos primitivos, la cruz no fue un signo especialmente apreciado al comienzo, más bien representó el escarnio. Sin embargo, poco a poco, adquiere significación y sentido, hasta llegar a ser venerado por la comunidad creyente. Demos la palabra a una filósofa judía, convertida al cristianismo. Dice Edith Stein, sobre la Cruz:

Entre Cruz y sufrimiento no existe ninguna semejanza inmediata apreciable, pero tampoco media entre ellos una relación de signo puramente arbitraria. La Cruz ha recibido su significado de la Historia. No es ningún objeto natural sino un instrumento preparado y usado por el hombre con una determinada finalidad. Como instrumento ha desempeñado en la historia un papel de alcance incomparable. Todos cuantos viven dentro del ambiente cultural cristiano lo conocen muy bien. De aquí que la Cruz, a través de su figura visible, nos lleva a la plenitud del sentido que en ella se encierra. Es también un signo, una señal, pero una señal cuyo significado no le ha sido aplicado artificialmente, sino que dimana del fundamento de su eficacia y de su misma historia. Su figura visible significa algo dentro de la relación sensible en que se emplea. A ella aludimos cuando decimos que la Cruz es un símbolo. (Stein, E. 1989, p. 50).

Las cosas de los hombres devienen a símbolos patrimoniales, porque esas cosas tienen un valor representativo, rememorativo y congregante para la comunidad, que los reconoce como suyos. Es el caso de la cruz. Este reconocimiento es un descubrimiento gradual, vivo y constante. Lo que el símbolo hace, es que hace presente dimensiones nucleares y relevantes

de la existencia histórica que rememora la comunidad. Así, el símbolo religioso o meramente cultural, perdura a través de los tiempos y siglos, como patrimonio y herencia que va enriqueciéndose cada vez más en el significado que la misma comunidad le reconoce y le otorga.

De este modo, creemos, haber hecho un ensayo fenomenológico sobre las cosas y los símbolos patrimoniales, tan relevantes y significativos para el hombre. Sin pretender un examen riguroso de los términos o conceptos, hemos preferido describir la experiencia con las cosas que se transforman en símbolos de patrimonio y cultura. También, en símbolo de la fe. De este modo, cada lector ha podido hacer el camino de reflexión propia, suscitándose en él, la actualización de los vínculos a las cosas y a los símbolos que le son apreciados.

Conflicto de intereses

El autor no tiene conflicto de intereses.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles. (1994). *Acerca del alma*. Madrid: Gredos S. A.
- Mistral, G. (1992). *Prosa*. Santiago: Cochrane.
- Stein, E. (1989). *La ciencia de la cruz*. Burgos, España: Monte Carmelo.
- Pascal, B. (1940). Recuperado el 10 de abril de 2020:
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/pensamientos--1/html/ff08eee4-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html